



## Ginecología y feminismo

Ernesto de la Peña\*

**E**n nuestros días, para justicia del género humano, las mujeres se desempeñan en cualquier actividad y en numerosas ocasiones logran triunfos que, confesémoslo, se les habían escatimado en tiempos pretéritos.

Desde la antigüedad prehistórica se vio fundamentalmente en la mujer la facultad de ser fecundada. La famosa estatua, llamada la Venus de Willendorf, que data de hace unos 22,000 años, está llena de adiposidades en los senos y en el vientre, que remata en una apenas insinuada apertura vaginal, y es una muestra cabal del papel que desempeñaba la mujer en aquellos días remotos. El arte primitivo, como vemos, expresaba sobre todo la función sin ninguna intención estética.

Pero para nuestra fortuna, no siempre se apreció de manera exclusiva este aspecto y, como era de justicia, se la elevó a categorías supremas por la belleza física, la delicadeza y la complementariedad que representa para el hombre. La dama de Elche es una muestra de una especie de divinidad femenina de una hermosura que ha superado los siglos. Aunque se ignore con precisión la fecha y el sentido del busto, la herencia que recibimos es un mensaje de belleza y misterio simultáneamente.

Mi plática, que me atrevo a pronunciar ante distinguidos ginecólogos, no tiene otro propósito que poner de relieve dos cosas: ciertos aspectos médicos antiguos, sobre todo griegos, y el empeño continuo de la mujer por conquistar un sitio de igualdad junto al hombre. De allí el título: ginecología y feminismo. Si la primera disciplina se ocupa de los problemas médicos inherentes a las mujeres, es decir, se mantiene en el terreno científico, la lucha continua del sexo femenino ha sido una especie de carrera de obstáculos a partir del momento, cronológicamente desconocido, en que el matriarcado fue sucedido por el patriarcado.

Que sólo se vea en mi intento el interés humanístico que despierta en mí la posición correlativa de mujer y hombre en las sociedades antiguas, modernas y contemporáneas, aunque bien sabemos, por experiencia cotidiana, que en la actualidad no hay sitio vedado para mujer alguna.

Pero precisamente por el desequilibrio que padecieron durante muchos siglos, el asunto toca tanto a la historia como a la sociología y, ya en el terreno científico, a la ginecología y la obstetricia.

Fanereta, la madre de Sócrates, era comadrona y el arte que ejercía se llamaba mayéutica.<sup>1</sup> De allí que el gran filósofo, tomando el nombre técnico de la profesión materna, lo empleó para denominar a su procedimiento de averiguación de la verdad. Se trataba, como si se asistiera a un parto, de extraer del interior de sus contertulios la opinión que tenía sobre diversos temas. Así, pues, que en el terreno de la filosofía más ilustre, se ve inodado el campo femenino: las ideas van a surgir del cerebro humano de la misma manera que el producto brota del vientre fecundado. De una vez por todas quiero dejar sentado que, a pesar de que en la vida cotidiana de la antigüedad la mujer fuera postergada, el concepto general que se tenía de ella no era, de ninguna manera, de un ser inferior: se trataba simplemente de que la mujer tenía capacidades específicas para ciertas tareas que le competían y que el hombre no podía desempeñar.

Con el decurso del tiempo ha quedado de sobra demostrada la gran capacidad que pueden tener las hembras para la especulación filosófica, las labores sociales, las matemáticas y las ciencias en general. Sólo quiero citar un caso de los tiempos modernos: Marie Curie, una de las luminarias de las ciencias exactas que mereció recibir dos veces el premio Nobel.

Grecia dio a luz una resplandeciente mitología en la que estaban representadas las mujeres en sitios eminentes. Hera, cónyuge de Zeus, prevalece en el panteón de la gentilidad. Su nombre latino, Juno, la confirma en ese sitio.

\* Conferencia dictada con motivo del aniversario del COMEGO en el Restaurante El lago, México, DF.  
Escritor y lingüista mexicano

Otras diosas ilustres son Afrodita, cuyos favores buscaban y seguimos buscando todos los hombres, era la suma de la belleza y la fascinación. Artemisa, originalmente diosa de la cacería y de la fauna salvaje, también ayudaba a las mujeres en los partos; era deidad tutelar de la virginidad y las jóvenes se acogían bajo su protección como si se tratara de la más inminente ginecóloga. Otra diosa, Higía, presidía la salud y los médicos se encomendaban a ella. Por ende, desde las deidades olímpicas hasta las mujeres comunes, el sitio que ocupaba esta mitad de la humanidad no era despreciable. Sin embargo, en la vida cotidiana el sexo bello tenía muy coartadas sus libertades porque los hombres consideraban que su papel exclusivo residía en las labores domésticas y el cuidado de los hijos. No tenían acceso a la educación y a partir de Filón de Alejandría, el erudito judío de lengua griega, se les atribuyó en exclusiva la sensibilidad, en tanto que al hombre se lo distinguía con el intelecto.

Toda sociedad humana es, por definición, contradictoria y la griega no escapaba a esta regla. Platón, quizás el más grande filósofo de la humanidad, eligió a la semidivina Diótima de Mantinea para elevar el amor sexual a la categoría de pasión divina. La mujer, por consiguiente, es merecedora del amor espiritual, que conlleva naturalmente una admiración sin límites y un respeto equivalente. En la Provenza del siglo XII esta adoración por la mujer fructificó en grandes poemas y en una actitud humana muy digna de recordar: los caballeros sin tacha que se lanzaban a las grandes aventuras y a realizar proezas nunca vistas para enaltecer de ese modo a su amada.

En el propio don Quijote de la Mancha encontramos, con un sesgo de ironía, la misma actitud: al Caballero de la Triste Figura le tiene sin cuidado el aspecto físico de Dulcinea y es capaz de desmentir con las armas a quien hable mal de ella. ¿Y qué era Dulcinea en la vida real? Había sido porqueriza, esto es, era una mujer zafia y vulgar, pero el señor Quijano, si éste fue el verdadero nombre del héroe, se enamorisqueó de ella y tiempo más tarde la inmortalizó con sus obras. La Beatriz de Dante o la Laura de Petrarca son otros ejemplos del idealismo masculino que eleva a la mujer a categoría propiamente metafísica. Dante Alighieri la eleva a tal altura que su amada tiene derecho a mostrar de algunos cielos, aunque debe ceder el puesto al místico san Bernardo. Los sonetos de Petrarca siguen conmoviendo, en pleno siglo XXI, para cualquier ser humano de sensibilidad despierta. El elogio a la mujer

no se ha escatimado jamás. En las artes en general el sexo femenino ocupa un lugar de privilegio.

Pero no se acaban aquí las excelencias de todo tipo que se atribuyen a las mujeres: el alma misma, a la que los griegos atribuyeron inmortalidad inherente a la misma, fue femenina.<sup>2</sup> ¿Dónde se encuentra, pues, el papel menor que las mujeres desempeñan en la sociedad?

En lo que actualmente se llamaría “derechos humanos” la limitación fundamental de las mujeres en la antigüedad, con muy escasos ejemplos de excepción, como Safo e Hipatía, era la dependencia, porque vivían la vida social sin la plena libertad que merecían, aunque fuera a costa de soportar obligaciones y atribuciones iguales a las de los hombres. Sin embargo, en los dos ilustres casos que he citado, el desenlace es trágico. La gran poetisa Safo, una de las glorias de la lírica griega, parece haber tenido amores con otro poeta importante, Alceo, pero también la fama póstuma la ha acusado de relaciones homosexuales y en la actualidad decir lesbiana (de Lesbos provenía esta mujer) suele ser peyorativo. En otra versión, también dudosa, la gran escritora se suicida por sus cuitas amorosas. Y esta autoinmolación se atribuye a un hombre.

El genio deslumbrante de Hipatía, extraordinaria matemática y científica alejandrina, mereció la envidia de un fanático cristiano que no tuvo empacho en azuzar a otros, tan indignados como él, y lanzar sobre la genial mujer una jauría de perros bravos que la despedazaron. Estos negros antecedentes siguen pesando sobre las buenas conciencias. Y mejor no aludir siquiera a las ablaciones de que son víctimas las mujeres en algunos países islámicos.

Pero por su parte, la ciencia médica, encabezada por Hipócrates y su escuela, dedicó muchos desvelos al estudio del funcionamiento del cuerpo femenino, tan diferente del nuestro. No lo podemos separar de las ideas prevalecientes en su tiempo, aunque verdaderamente haya sido del todo científica la actitud del llamado *padre de la Medicina*. Hasta podría decirse que en sus escritos hay, ocasionalmente, ciertos rastros de consejos populares.

La menstruación, por ejemplo, fenómeno fisiológico que no aqueja a los hombres, fue de inmediato objeto de su estudio. Pero cuando los médicos antiguos observaron la periodicidad del menstuo, la cotejaron de inmediato con el ciclo lunar y le dieron un nombre derivado de los días que separan entre sí a las lunaciones: mes, en griego, se dice μην-μηνός (men-menós) de donde deriva en latín *mensis* y aunque los periodos no duren exactamente todo

ese ciclo, la recurrencia del sangrado en la mujer tomó su nombre de allí.

Nace, entonces, una suposición poéticamente válida, pero falsa en la realidad: la íntima trabazón de las mujeres con la luna y la luna, hay que recordarlo, es arma de dos filos. No en balde a alguien que no está en sus cabales se le dice lunático. Una de las advocaciones fundamentales de la luna en la antigüedad, Hécate, era una diosa nefasta y asesina. Así iremos encontrando en esta plática, que lamento sea tan desordenada, diversos ejemplos en pro y en contra de las mujeres. Sin embargo, Hipócrates y la escuela hipocrática, dedicaron muchos desvelos a conocer mejor a la mitad femenina de la humanidad.

Del abundantísimo conjunto de escritos atribuidos a Hipócrates extraigo un caso interesante:

*En la ciudad de Larisa, una muchacha sufrió una fiebre ardiente y viva; tuvo insomnio y padeció sed; tenía la lengua áspera y seca, la orina de buen color, pero tenue. Al segundo día padeció un malestar general e insomnio. Al tercero, tuvo deposiciones abundantes y acuosas, color de hierba; las mismas evacuaciones se repitieron los siguientes días acarreado consigo cierto alivio. El cuarto día, la enferma orinó tenuemente y en pequeña cantidad, pero durante la noche padeció alucinaciones. A los seis días se le presentó una epistaxis abundante y, después de un escalofrío, sudó en abundancia un sudor caliente general; se retiró la fiebre y se evaluó la enfermedad. Durante la fiebre e incluso después de la crisis, las menstruaciones continuaron; era la primera vez porque esa muchacha no era núbil. En todo el curso de su enfermedad padeció náuseas, calosfríos, el rostro presentaba rubicundeces, le dolían los ojos y sentía la cabeza pesada. Esta enferma no tuvo recidiva, pero la solución fue definitiva: los sufrimientos se representaban en los días pares (Tratado de las epidemias, III).*

El método científico de la observación sistemática de la evolución de una enfermedad aparece aquí en todo su esplendor. Como puede observarse, Hipócrates procedía con sumo cuidado y estaba siempre pendiente de la evolución del padecimiento. Hay, desde luego, una buena dosis de empirismo en sus diagnósticos. De cualquier manera, a él se debe la conversión de tratamiento fruto del azar hacia una disciplina verdaderamente científica. También en sus escritos encontramos las primeras formas del pronóstico medio, como por ejemplo cuando dice:

*Algunas veces hay nubecillas que aparecen en la orina; se han de considerar buenas si son blancas, pero si son negras son nocivas (Libro de los pronósticos, XXIX).*

Para Sorano de Éfeso, uno de los grandes ginecólogos de la historia, el único sistema válido de diagnóstico de las enfermedades femeninas era el tratamiento directo del padecimiento, más que el estudio de la etiología del mismo. Por ello se lo llama fundador de la escuela metódica, ya que definió su profesión diciendo “*la medicina sólo es el conocimiento de generalidades evidentes*”. Se enfrentaba por igual a empiristas, guiados sólo por la práctica cotidiana, como a los dogmáticos, que elaboraban doctrinas de índole general que, en ocasiones, no tenían aplicación a la mujer. Si no estoy equivocado, esta pugna de puntos de vista contrarios respecto a la materia médica sigue vigente. Sin embargo, la experimentación, los análisis y los aparatos cada día más precisos y refinados han ido haciendo a un lado todo lo azaroso que tenía un diagnóstico clínico que se basaba, más que nada, en el buen ojo del galeno.

Hemos hecho una búsqueda detenida del instrumental médico ginecológico de la antigüedad y para un neófito como yo parece tratarse de la antesala de la cámara de tortura de cualquier inquisidor. Podría decirse que se trata de las celdas en que se refocilaban en el dolor ajeno monstruos morales como Gilles de Rais, que originó la leyenda de Barba Azul, la tristemente célebre condesa Erzsébet Báthory, apodada la Drácula húngara y el no menos cruel Ferrante de Nápoles, que se recreaba infligiendo él mismo los castigos en las mazmorras de sus castillos.

El título de mi plática es ginecología y feminismo. Algún dato más o menos curioso quizás pueden ustedes encontrar en lo que llevo dicho. No quiero dejar de subrayar, por ejemplo, que el más famoso tratadista de medicina de la Roma tardía, Celso, era en realidad un enciclopedista que se ocupó de otros muchos asuntos lejanos del arte de curar. Galeno, por su parte, tuvo una suerte similar a la de Américo Vespucio, pues su nombre se ha hecho sinónimo de médico, postergando al creador de la disciplina científica, Hipócrates, el padre. La suerte preside los destinos de todos los seres humanos y ni siquiera los genios pueden escapar de sus veleidades.

Ahora bien, mucho antes de las sufragistas, a caballo entre los siglos XIV y XV, una notable escritora de origen veneciano, pero de lengua francesa, Cristina de Pizán, lucha para reivindicar con inteligencia y cultura el sitio de respeto, equidad y espíritu de colaboración que debe privar en la relación entre los dos sexos. Su libro, llamado *La ciudad de las damas*<sup>3</sup> parece acabado de escribir: sin tapujos ni miedos acomete temas como la violación, el

derecho de las mujeres al conocimiento y la igualdad de los dos géneros en que la humanidad está dividida. Es más, utopista antes de Moro, erige esa privilegiada ciudad exclusivamente femenina que ni siquiera las mujeres de nuestros días han ideado.

Bajo tan ilustres auspicios hablaré de temas femeninos.

¿Qué tipo de ciudad es el que propone Cristina de Pizán? Educada en la corte de Francia y propensa al estudio de la antigüedad, su cultura es muy amplia y gracias a este hecho hace una propuesta verdaderamente conmovedora y original: asesorada por tres deidades, la Razón, la Derechura u Honestidad y la Justicia puede percibir cómo la verdad sufre en labios de los hombres y tras enumerar muchos casos de mujeres ilustres en todas las ramas de la actividad humana, las diosas deciden orientarla en la construcción de la Ciudad de las Damas. A pesar de su alcurnia, no vacilan en ayudarla con el mortero y la pala, el nivel y la llama. Será una ciudad de altas y bronceíneas torres y sólo podrá albergar a quienes merezcan tanto honor. A lo largo de este libro, la autora despliega una rara erudición al ir mencionando casos diversos de mujeres ilustres. Finalmente, llega el momento en que debe inaugurarse tan insólito monumento. Y Cristina dice:

*A lo largo de las anchas calles de la ciudad de las damas ya se levantan altos edificios, magníficas mansiones y palacios, tan altas torres y atalayas que pueden divisarse desde lejos. Ahora es tiempo de poblar esta noble ciudad para que no se quede vacía como una villa muerta. Al contrario, está toda ella habitada por mujeres y de gran mérito, porque son la únicas que queremos aquí. ¡Qué felices vivirán las damas de nuestra ciudad! No tendrán que temer ser expulsadas por ejércitos extranjeros, porque la obra que hemos ido construyendo tiene una propiedad especial, la de ser inexpugnable. Ahora empieza la era del nuevo reino de femineidad, muy superior al antiguo reino de las Amazonas, porque las damas que habiten aquí no tendrán que marcharse para concebir y dar a luz a nuevas herederas que mantengan sus posesiones y perpetúen su linaje. Quienes se alojen aquí, ahora, vivirán en esta ciudad eternamente (XII).*

Ciudad utópica y deseable, justa y amena, la de Cristina de Pizán es un acabado ejemplo del humanismo prerrenacentista y es la primera llamada de un feminismo articulado e inteligente. Lo más agudo y sutil de su proposición es, precisamente, la idealidad de tal ciudad. Al iniciar el proyecto se conviene en que el ingrediente principal de la construcción será la tinta. Nada más claro y contundente. Es una fábrica ideal, un refugio para los

sueños, pero no sólo de las mujeres, ya que la réplica de una sociedad perfecta o casi perfecta llegó poco tiempo más tarde en la pluma de Tomás Moro: la *Utopía*. De manera que la primera forma importante que alberga el medievo acerca de la posibilidad siempre a la mano, pero siempre remota, de que podamos convivir en paz, proviene de una mujer iluminada.

Pero ¿cómo no remontarnos un poco antes de esta excepcional mujer para tributar nuestro homenaje a uno de los seres humanos de más altos privilegios y más variadas capacidades? Hildegard von Bingen, la Sibila del Rin, podría ella sola llenar todo un capítulo de la excelsitud de la Edad Media. Fundadora de conventos, asesora política de los poderosos, botánica, zoóloga, naturalista en general, fue también filósofa, música y mística. Es muy difícil, si no imposible, encontrar otro espécimen de esta envergadura. Para fortuna de la humanidad legó un abultado conjunto de escritos y de incomparables obras musicales. En su visiones arrebatadas, sentía sobre ella el poder irrefutable de Dios y al obedecerlo escribía sus obras literarias incomparables y componía música de trascendencia extraordinaria. Uno de sus escritos, llamado *Scivias*, es decir “*Conoce los caminos*” es una enciclopedia medieval. Puede decirse de ella, como de otras dos mujeres que voy a mencionar a continuación para no alargar excesivamente mis palabras, que son honra y prez del género humano.

Teresa de Cepeda y Ahumada, mejor conocida como Santa Teresa de Ávila, escribió en un español de extraña pureza y reciedumbre muchas obras que atañían a sus intereses de monja. Pero su poesía, fluyente y sencilla, encierra verdades místicas trascendentes:

*Vivo sin vivir en mí y tan alta espero que muero porque no muero.*

Teresa de Ávila concibió también un reducto de paz para el alma: las *Moradas Interiores*, obra impar sólo comparable con los delirios místicos de San Juan de la Cruz. El místico es un prófugo que vive en el mundo sin saber qué camino tomar. Teresa marca pautas y dice:

*No habéis de entender, hermanas, que siempre en un ser están estos efectos que he dicho en estas almas, que por eso adonde se me acuerda digo “lo ordinario”; que algunas veces las deja nuestro Señor en su natural, y no parece sino que entonces se juntan todas las cosas ponzoñosas del arrabal y moradas de este castillo para vengarse de ellas por el tiempo que no las pueden haber a las manos.*

*Verdad es que dura poco: un día lo más, o poco más; y en este gran alboroto, que procede lo ordinario de alguna ocasión, se ve lo que gana el alma en la buena compañía que está, porque la da el Señor una gran entereza para no torcer en nada de su servicio y buenas determinaciones, sino que parece le crecen, y por un primer movimiento muy pequeño no tuercen de esta determinación.*

Acosada por las tentaciones, la santa sabe triunfar y trazar la línea que deben seguir sus adeptas para encontrar la vía a Cristo. Por estos escritos iluminados y por las muchas fundaciones que hizo, Teresa de Ávila es doctora de la Iglesia. No sólo eso: su autobiografía, sus poemas y algunas simples recomendaciones disciplinarias forman parte de la gran literatura española.

No quiero terminar mis palabras que, a fin de cuentas, se han convertido en una incendiada apología de los méritos femeninos, sin mencionar a una de las glorias más limpias y brillantes de nuestro pretérito. Juana de Asbaje y Ramírez de Santillana, cuyo nombre es sor Juana Inés de la Cruz asombró a propios y extraños con su precoz sabiduría enciclopédica. Hermosa, inquieta, de una mentalidad sorprendentemente ágil, quizás por una decepción amorosa o algún hecho similar, decidió tomar los hábitos de San Jerónimo y profesar en su convento. La inquietud intelectual de sor Juana estuvo siempre tan despierta y tan ávida de nuevos conocimientos que ella misma confiesa que no le daba tregua, que incluso cuando estaba desempeñando por obediencia alguna labor menor, como batir huevos, comenzaba a especular por qué leyes físicas se daban las transformaciones consistentes en la mezcla de la clara y la yema. Un tema tan baladí y otros similares estimulaban su genio de amplitud enciclopédica. En su celda del convento llevó una activa vida social y del celo ferviente con que participó en obras de caridad tenemos el doloroso testimonio de su propia muerte a causa de la peste.

Lo más popular de sor Juana, y con sobrada razón, es su poesía que empleaba lo mismo el español que el náhuatl o el latín. En pleno siglo XVII, cuando el soneto campeaba por sus fueros en todo el mundo de habla española, los de sor Juana son modelo de perfección y atildamiento. No hablemos de sus disquisiciones acerca de cuál fue la mayor finura de Cristo porque nos sumergiríamos en una inacabable disquisición teológica. Pero sí hay que recordar que su refinado pero aguerrido feminismo nos dejó las célebres *Redondillas*, acusación lógicamente irrecusable de las acechanzas del hombre a la mujer.

La dimensión de su genio se encuentra expresa en uno de los poemas más excelsos de la lengua española: el *Primero sueño*, especulación cósmica cuyos polos son el hombre y la infinitud. No vacilo en afirmar que este poema tiene la misma talla de monumentos líricos tan grandes como el *Canto general de Chile*, de Pablo Neruda, *Altazor*, de Vicente Huidobro, o *Muerte sin fin* de José Gorostiza, sin omitir, por supuesto, *Piedra de sol*, de Octavio Paz.

He señalado algunos de los momentos cúspides del talento de las mujeres. Sólo me queda añadir que, independientemente de su realización vocacional o profesional, como compañeras de nuestra vida son insustituibles. Rilke decía que el matrimonio perfecto es la convivencia de dos soledades que se respetan recíprocamente. Tenía razón y ese es el ideal humano.

Muchas gracias.

## REFERENCIAS

1. μαιευτική [τεχνη].
2. ψυχη es sustantivo femenino también en griego.
3. *Le livre de la cité des dames* (1405).